

textos

el presente

nuevos partes de guerra, *Microfisuras*, Vigo, verano de 1999

Ignacio Castro Rey. Madrid, 8 de mayo de 1999

A pesar de estas ingenuas palabras iniciales de un piloto español, bombardear Serbia no ha resultado igual que practicar surf sobre el espacio aéreo iraquí. La cercanía simbólica del escenario, las filas de rostros europeos que sufren, los movimientos inquietos de Rusia, el carísimo F-117 derribado al comienzo y los prisioneros norteamericanos, el miedo a enfrentarse por tierra con la resistencia de una población unida al fin en torno a Milosevic, pueblo que ya frente a los nazis había mostrado un valor temible, impide que esta guerra posea la dinámica fotogenia de la del Golfo, feria de muestras para un impresionante armamento de catálogo.

¿Qué ha ocurrido sin embargo para que la Europa *débil* de la postmodernidad, la de las negociaciones interminables y el zapping, la del culto al fragmento y a la deconstrucción, se resuelva milagrosamente a mantener apretado el botón de la guerra? Después de una turbia hostilidad de años, en una ópera plagada de ex-generales de Tito, de traficantes de armas y carniceros de todo tipo, de *ustachi* croatas, de pronto Milosevic es el gran genocida que justifica todos los esfuerzos de una *guerra justa*, una resurrección unánime de la voluntad. Seguro que los paramilitares serbios son unas bestias, que hay crímenes horrendos con su marca. Pero, ¿todos los serbios son así? Además, ¿ocurre esto otra vez de un solo lado? Por último, ¿con tantos horrores por *minuto*, encadenados? Aún olvidando anteriores éxodos en los Balcanes (por ejemplo, aquel medio millón largo de serbios *limpiados* de Croacia, recorriendo bajo una lluvia de piedras las carreteras de Krajina), la huida masiva de los albanokosovares no es necesariamente una *deportación* organizada por Belgrado[1]. En todo caso, expulsión no es igual *genocidio* (salvo que queramos trivializar el fenómeno de los campos de exterminio), detención no es sinónimo de *fusilamiento*, tampoco de *violación*, etc. Primero Rugova y todos los demás están muertos. Después, cuando aparece pidiendo el fin de los bombardeos, está secuestrado por Milosevic. Al final, debe viajar a Bruselas para demostrar que es libre, etc. Igual ocurre con el baile de cifras en torno a los "ejecutados", las especulaciones con los "campos de concentración" y toda clase de atrocidades[2], la negativa a aceptar la carnicería de inocentes oculta bajo el aséptico nombre de "daños colaterales". Dirigida por el Departamento de Defensa norteamericano, la rumorología se convierte finalmente en arma y Occidente oye de los serbios lo que quiere oír, lo que siempre ha oído[3]. ¿No tenemos de hecho la impresión de que, mucho antes de Srebrenica y Sarajevo, Serbia ya era culpable? Podíamos sospechar que la inhumana distancia desde la que se disparan los misiles (distancia racista que hace a todos los serbios enemigos, sean civiles o militares) es también símbolo de la que nos separa del conocimiento real de ese Otro cuyas razones, en esta comedia plural, nunca hemos podido oír.

¿Cuándo, durante los furiosos treinta primeros días de bombardeos, hemos visto fotos en primer plano de seres humanos serbios sufriendo, llorando, comparables a esas magníficas tomas de desgarradas madres kosovares, que aparecen a diario con nombre y apellidos? ¿Las habrían hecho los periodistas de la Fuerza Internacional si Milosevic les dejase permanecer allí? Sabíamos que la información, incluso en tiempos de paz, es un arma de guerra. Ahora podemos saber que en tiempos de guerra, las verdades a medias, trezadas con rumores y mentiras rápidamente encadenadas, constituyen

el primer misil inteligente, fragmentándose en la retaguardia mientras los Tomahawk parten al frente. En Serbia, como en otros casos, los grandes titulares nos quieren ahorrar el esfuerzo de pensar por cuenta propia, de tener una opinión. Cuando por otra parte nos solicitan con urgencia, forzándonos al menos al bloqueo mental, a un asentimiento pasivo. De este modo, nos hacemos cómplices forzosos de los que fabrican el estado de opinión, que son los mismos que prueban las nuevas bombas. Rehenes de la pantalla ocupada por hileras de figuras agotadas, sometidos a un estado de excepción virtual, nuestros sentimientos son machacados en igual medida en que apenas se oyen argumentos. No sólo se produce a través de la fuerza de las imágenes una inaudita integración social, sino también una desintegración paralela del pensamiento, que incluye ni siquiera poder *leer* con atención los periódicos.

Una vez que el microondas anímico ha hecho su labor, la "guerra justa" está servida, idéntica en todas las cadenas. Tras tanta monotonía cotidiana, deprimente servidumbre económica y *coitus interruptus* dramatizado, al fin aparece un terreno donde practicar virilmente la decisión, de paso que los políticos ganan imagen televisiva a costa de un enemigo al que nunca le hemos visto la cara. La misma "comunidad internacional" que ha consentido enterrar vivos a los soldados iraquíes en sus trincheras, que ha promovido a conocidos genocidas al premio Nobel, que mantiene democracias como la de Arabia Saudí o Argelia, se apiña entonces contra un demonizado pueblo eslavo que buena parte de los compatriotas de Madeleine Albright no sabrían situar en ningún mapa. Y dado que en Europa casi nadie está a solas con el pensamiento, la izquierda mayoritaria duda, pegada al mando a distancia. Frente a toda esta orquesta no sería poco escuchar, si no a Handke, al menos a Haro Tecglen decir que lo ético es permanecer fuera de la *cobertura* informativa, escrutando los signos. Solamente así estaríamos libres de toda una beligerancia humanista basada, en última instancia, en la propaganda... y en la necesidad (muy humana) de localizar el Mal fuera. Lo que nos escandaliza en esta historia no es tanto que no se pueda parar efectivamente el bombardeo (según dice con orgullo *wasp* Jamie Shea, "7 días a la semana, 24 horas al día") como el hecho de que la minoría *cultural* siga haciendo su vida como si tal cosa, afectada por la dramatización serial que sirven los monitores. No sólo apacibles amas de casa, sino cuerpos enteros de la población activa son pasados por el filtro del control hogareño. Acaban pensando de este modo a través de los medios, sin ninguna distancia desde la que mantener una autonomía moral frente al mecanismo mayoritario. En efecto, es cómodo que la televisión piense socialmente, dejándonos cenar con tranquilidad mientras nuestros sofisticados juguetes arrojan su munición, sin que siquiera tengamos que debatir, acalorarnos, angustiarnos. Que sepamos, sólo Grecia e Italia se han mantenido entre nosotros fuera de esta fase del consenso electrónico.

Desde luego, nos impresiona la indignación de intelectuales de la talla de Finkelkraut o Henri Levy, en general tan serenos, pero el hecho de que sus conclusiones coincidan con las consignas del momento, atizando una guerra que *ellos* nunca van a sufrir, nos ahorra el tener que leerlos aparte. ¿Qué ha pasado realmente para que, contrariando sus propios principios defensivos (art. 3, 5 y 6 del Tratado de Washington), pasando también por encima de la ONU (art. 2.4 y 2.7 de la Carta de las Naciones Unidas), la OTAN ataque por primera vez en su historia a un estado soberano, provocando una crisis sin precedentes desde la guerra fría? Para justificar esta "guerra" postmoderna de veinte contra uno, compatible con todas las comodidades de la vida doméstica, los gobernantes de las naciones más ricas, que dictan el curso del globo desde sus trajes impecables, hablan indiscriminadamente de "limpieza étnica" y llaman "dictador" a Milosevic, olvidando que es el presidente electo de un pequeño país soberano que gobierna, todavía ahora, con buena parte de la oposición. En el peor de los casos, aún sin enmarcar el *estilo* de Milosevic en la dureza de los Balcanes y en los violentos sucesos de los últimos diez años, el argumento de que encarna a un nuevo Hitler que había que parar a toda costa es chocante

cuando justifica un tiro al blanco que hasta ahora no ha costado a la Santa Alianza ni un solo muerto. El fantasma de Hitler da juego, ya se empleó contra Husein, aunque después su ejército se mostrase de cartón piedra bajo la impresionante tecnología occidental. De cualquier modo, cuando una y otra vez se nos muestran imágenes sangrantes de la *catástrofe humanitaria* de los Balcanes se oculta que el "mundo libre" participó en ella desde el comienzo y la ha exacerbado hasta el límite en los últimos cuarenta días. Si la motivación occidental en la ex-Yugoslavia fuera simplemente humana, no se entienden demasiadas tragedias que han quedado sin atender[4]. Por no salirnos de este escenario, ¿dónde estaban las ONG's occidentales cuando los serbios de Krajina necesitaban que les socorriesen en su huida? ¿Por qué el mundo civilizado ha armado y pasado por alto las actividades terroristas del ELK, que también causaron víctimas inocentes, y no solamente serbias? Sobre todo, bajo el imperativo humanitario la OTAN se habrían abstenido de intervenir, habida cuenta de las "totalmente previsibles" (Wesley Clark) consecuencias para la población civil de Kosovo. Además, como recuerda Claudio Magris, resulta chocante el torpe y lento esfuerzo logístico en ayudar a los refugiados, comparado con el desorbitado gasto militar. ¿Es necesariamente mala fe pensar que esta tragedia humana es indiferente, o que incluso está aproximadamente calculada por quienes aprietan el botón de mando desde miles de millas de distancia, mientras la bolsa de Wall Street sube y el euro baja?[5]

Existen en todo caso extraños puntos significativos, que han emergido ocasionalmente a contrapelo de la marea informativa. "EEUU y sus aliados", la misma aldea global que ha arrasado desde el aire aldeas enteras de Vietnam, que ha mostrado complicidades o una infinita paciencia negociadora con el IRA y con ETA, que trató a los albaneses como ganado hace diez años en Italia, que siembra de alambradas el entorno de Ceuta y Melilla, que propone el escándalo de concentrar en Guantánamo a los refugiados, tiene ahora que ir a la guerra para defender la causa de la humanidad justo al lado del último vestigio de muro del Este. Al mismo tiempo, mientras Blair (que se considera a sí mismo miembro de la "generación del 68") lanza encendidas proclamas contra los enemigos de la libertad, su admirada Thatcher se reúne sin tapujos con Pinochet. Mientras el fuego aliado cae sobre Pristina y Belgrado, el patrón norteamericano sostiene sin reservas al estado de Israel, uno de los pocos que tiene la tortura regulada en su legislación, que presume incluso de fabricar armas genéticas. ¿Qué ocurre además con los kurdos de Turquía, con Timor, con el Tíbet? Como es sabido, la lista es larga. ¿No tendrán todas sus preguntas sin respuesta algo que ver con este sencillo emblema de Warren Christopher? (El País, 7-4-99): "Occidente debe imponerse en Kosovo a toda costa".

Efectivamente, la última gran entrega de Occidente es una cuestión de poder, no de justicia. Nadie (ni siquiera Milosevic) sostenía que en el conflicto de Kosovo no se pudiera hacer nada. Por lo que sabemos, el único punto inaceptable para los serbios en Rambouillet era la presencia de tropas extranjeras (en realidad, tropas de ocupación, puesto que eran desde hacía tiempo hostiles) no sólo en todo el territorio de Kosovo, sino en *toda* Yugoslavia[6]. Ahora bien, nos preguntamos qué estado soberano, sin suicidarse, admite tropas de ocupación que le han hostigado durante años. ¿Acaso admitiría USA alguna "fuerza internacional" que fiscalizase su política en Puerto Rico, en la Cuba del día de mañana, cuando quizás sea el 53 estado de la Unión? ¿Lo haría España en Euskadi o Francia en Córcega? Como recordaba Primakov, el derecho a intervenir directamente en favor de alguno de los cientos de minorías que pululan por el planeta, no sólo arruinaría lo que queda del derecho internacional, sino que llevaría a otra guerra mundial. En realidad, la dureza selectiva con la que desde el principio se ha tratado a Serbia (dureza política, efectivamente, no étnica), en un teatro de operaciones donde no es fácil encontrar arcángeles, sólo se explica por el interés norteamericano por acabar con el último obstáculo serio en el camino hacia Moscú. Es posible incluso que no anden descaminados los que, como

Baudrillard o Debray, afirman que también se esconde en esta ofensiva un intento por "cambiarle las cartas" a Europa, atascándola en un avispero en un momento en que la emergencia de la unión monetaria europea causa preocupación en USA. Según esto, la nación que no ha tenido reparo en urdir conspiraciones antidemocráticas en medio mundo correría en auxilio militar de esa *otra Europa* para exacerbar el conflicto con su habitual maniqueísmo[7].

Sin embargo, a pesar de estas apariencias de subordinación (son ejemplares las fotos de un Aznar patéticamente nervioso bajo la sonrisa aprobatoria de Clinton), los mandatarios europeos no son solamente lacayos del *boss* americano. El eje franco-alemán (¿habría que decir germano-francés?), más unitario que nunca, lleva años repartiendo la fragmentación en la periferia europea. No sólo Rusia y Yugoslavia, también Italia y España saben algo de esto. En cualquier caso, el conflicto de los Balcanes no se explicaría sin la participación activa de Europa en la secesión de Eslovenia y Croacia. Fue asombrosa la celeridad con que las cancillerías alemanas se establecieron en Ljubljana, Zagreb o Sarajevo. El Bundesbank necesita pequeños países a los que colonizar fácilmente, convertidos en protectorados. Pequeñas naciones "no excluyentes" como la República Checa, Bosnia, Kosovo, cuyo PIB no supere al capital de la empresa McDonald's.

El motivo del bombardeo de Serbia es político, en absoluto humanitario. Es necesario pararle los pies a una de las pocas fuerzas que se ha opuesto resueltamente al proceso de desintegración de Yugoslavia, una de las escasas naciones del antiguo bloque del Este que se resiste a los imperativos del mercado y además amenaza con excitar en Rusia los sentimientos "paneslavos". La nueva OTAN Global, fortalecida con la incorporación de la socialdemocracia del sur europeo (hay que reconocer que es sencillamente genial que un "intelectual socialista español" presida el teatro militar del Atlántico Norte), es el brazo armado del nuevo Dios-mercado que ha de *juzgar* cada caso que se le enfrente en función de una estrategia de expansión mundial que debe culminar nuestro Fin de la Historia, fin que obviamente convierte en delincuente a quien intente transgredirlo. Por tanto, se trata de mostrar en este caso modélico (a todas luces, Irak era un enemigo demasiado modesto) quién tiene el poder mundial, con toda la energía terrorífica de su armamento y tecnología. De paso, se pone a prueba la profundidad del cambio en Rusia, que tal vez es el gran motivo de fondo en toda esta crisis, su fidelidad al FMI. *Occidente* (es decir, EE.UU.) inaugura así una nueva era en la que Rusia va a la cola, como caso regional, de una OTAN mundial que no tiene rivales, salvo la excepción remota de China.

Por si todo esto fuera poco, como señala Said, con el bombardeo se hace otro gesto demagógico hacia el mundo árabe moderado, tan necesitado de reparo por las múltiples ofensas que ha recibido de nuestra parte. Por eso había que empujar a Milosevic contra las cuerdas en Rambouillet, enfrentándole a un tratado que ningún estado podía firmar. Por eso tampoco se podía aceptar fácilmente ningún plan inicial de paz (ni el del Vaticano, ni la mediación de Kofi Annan o Rusia), ya que el prestigio de la potencia total está en juego. Se ha convertido al enemigo en un ser perverso precisamente para poder aplastarle. Se acabará negociando con Milosevic, por supuesto, al fin y al cabo es un "hombre de orden" que controla Serbia, pero en las condiciones que dicte la lógica del conquistador (que incluyen una completa reconversión industrial de Yugoslavia, para la cual ya hay planes). Los jefes de la OTAN, siguiendo el guión de su propio *western*, no pueden aceptar en principio términos medios con los nuevos villanos oficiales porque comprometerían el azul transparente que necesita el orden planetario. Ahora bien, incluso al margen de la vieja cuestión de la justicia, subsiste una duda: ¿seguro que se han calculado bien todos los riesgos?

1. Bajo el cómodo eslogan de limpieza étnica, Steven Erlanger, de un periódico tan poco sospechoso de "yugófilo" como el New York Times, ha visto, al menos en Pristina y Prizren, tres cosas distintas que se suceden en el tiempo: una primera oleada provocada por órdenes o amenazas de los paramilitares serbios, una segunda provocada por las bombas de la OTAN y, finalmente, una tercera provocada por el pánico, ya que "parecía que todo el mundo se iba". Ver El País, 6-5-99 y 8-5-99.

2. Apoyándose en "dos o tres testigos", se ha llegado a decir de los serbios de Kosovo que abren en canal a las mujeres embarazadas y asan al feto. Por tanto, sólo falta la acusación de canibalismo.

3. Un ejemplo. El martes 27 de abril se producen veinte muertos civiles en la localidad de Surdulica por las bombas de la OTAN. Ese mismo día, con una evidente intención de camuflaje, la Alianza desempolva unas fotos de meses atrás en la que se ven diez cadáveres de albanokosovares. Quien se fije en las imágenes, obviamente consentidas o preparadas por la policía serbia, verá los cuerpos alineados de hombres que aparentemente han muerto luchando (tienen "edad militar", calzan botas de combate, hay huellas de bala en sus cuerpos y sus fusiles, etc.). Pues bien, no sólo la mayoría de los diarios españoles del día siguiente silencian los nuevos "daños colaterales", sino que todos ellos destacan la fotografía de la "matanza" serbia con una descarada manipulación de su contenido. En primera página, el diario ABC, que dedica un escondido comentario en el interior a los veinte civiles serbios muertos, titula: "Documento de la limpieza étnica de Milosevic en Kosovo: Ayer fue distribuida esta escalofriante imagen... en la que aparecen los cuerpos sin vida de un grupo de albaneses asesinados por miembros del Ejército yugoslavo en la localidad de Rogova. La fotografía... es un sobrecogedor documento de la limpieza étnica de Slobodan Milósevic, que pone de manifiesto la crueldad y los sanguinarios métodos de exterminio de su régimen". A su vez El País, que sólo le dedica tres líneas en la página 5 a las víctimas civiles de la OTAN, recoge antes y de modo destacado una de las fotos con el letrero "Matanza en Rogova". Algo parecido ocurre en El Mundo. Solamente Diario 16, un periódico claramente minoritario, pone en primera página la muerte de los civiles serbios. Con este método de repetición, todos los días y a todas horas, poco a poco se construye el tam-tam de una marcha colectiva imparable. Las pocas noticias en sentido contrario o pasan desapercibidas, o son sencillamente ilegibles, pues nos exigen apearnos del cómodo tióvivo en el que viaja la opinión pública.

4. Chomsky recuerda (El País, 19-4-99) que la motivación humanitaria ha sido la disculpa para múltiples intervenciones criminales en este siglo, entre otras, el ataque de Japón a Manchuria, la invasión de Etiopía por parte de Mussolini o la ocupación de zonas de Checoslovaquia por Hitler. Todas estas acciones militares fueron acompañadas de elevada retórica humanitaria.

5. Entre otras, esta es la tesis de Baudrillard (El Mundo, 3-5-99). En todo caso, Sontag se equivoca al pensar que la ofensiva de la OTAN ha sido una "chapuza" (El País, 24-4-99). No sólo el éxodo de los refugiados kosovares conviene al maniqueísmo de la Alianza, sino que además era necesario sembrar el terror entre la población civil serbia, pues resultaba funesta para los planes militares la imagen de una población unida en torno a Milosevic y bailando alegremente en los puentes.

6. Francisco Fernández Buey (El País, 8-5-99), citando un artículo de la europarlamentaria Luciana Castellina en II Manifiesto, ha desvelado que el apéndice B del capítulo VII de los acuerdos de Rambouillet, silenciado de hecho por la prensa europea, consagraba la libre circulación de tropas de la OTAN por toda Yugoslavia, la ocupación militar de Serbia y Montenegro.

7. En realidad, es muy posible que no sea exageración de Debray pensar que esta guerra sería inconcebible sin la legendaria estupidez norteamericana para todo lo que no sea familiar, fluido, inmanente. Justamente el Nuevo Mundo se ha fundado para establecer una higiénica distancia frente a todo lo que aquí consideramos profundo, la tierra y la cultura, esta mezcla trágica que impone una lenta herencia. La única otredad que ellos entienden es la del terror. Al tropezar con ella la transforman rápidamente en un Vietkong, algo comunista, vírico o terrorista que hay

que calcinar. En este sentido, la guerra fría les resultaba cómoda. Pero desde entonces parecen inquietos. Después de Vietnam o Chile, Libia, Irán, Irak, Granada, Nicaragua... o la eterna hostilidad hacia Cuba son la señal de que han intentado bombardearlo casi todo excepto su propia casa (a veces incluso ésta, cuando asaltan en directo el refugio de alguna de sus sectas). Pero toda esta paranoia armada es el anverso de un pueril desarme moral y existencial ante el laberinto antropológico que en el viejo mundo vivimos día a día. Estos nuevos dueños de la OTAN, extendiendo el espíritu de una América que a su vez encarna al Dios puritano sobre la tierra, los mismos que practican una implacable limpieza económica sobre buena parte de los pueblos, saben de la famosa diferencia lo que un ordenador sabe de un programa que no reconoce, al que toma por un virus que le amenaza. Pero ahora parece que nos dejamos colonizar encantados por esta cultura del consumo, por su flamante racismo dinámico, deseosos de superar cuanto antes la enfermedad trágica de la trascendencia. Así pues, hay que consumir también toda resistencia eslava.